

Jonathan TRIGG: *Stalingrado, la batalla vista por los alemanes*,
 Barcelona, Pasado y Presente, 2023, 380pp.,
 ISBN:978-84-1259-40-6.

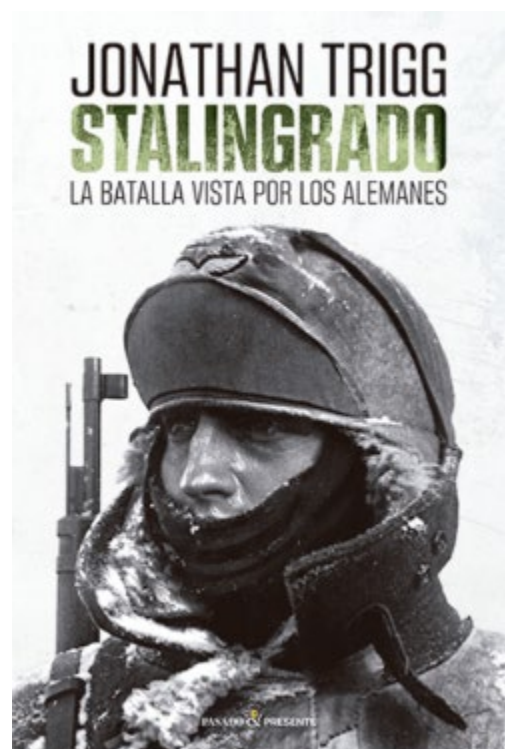
Germán González Antón
 Investigador independiente

Un nuevo acercamiento a la Batalla de Stalingrado.

Mucho se ha escrito acerca de la que seguramente fuera la batalla más decisiva de la Segunda Guerra Mundial. Es muy difícil, en una guerra tan global como esta, señalar una batalla como decisiva y hay quien opina que la batalla de Kursk de 1943 tiene más galones para obtener el título. Pero lo cierto es que Stalingrado fue el primer gran revés de la Wehrmacht y constituyó el final de la “Operación Barbarroja”, la mayor invasión llevada a cabo en la historia.

Nos llega este libro de la mano de Jonathan Trigg (Ilkey Reino Unido 1971), historiador y exmilitar británico. Como historiador ha firmado una decena de libros acerca de la Segunda Guerra Mundial, entre ellos el éxito de ventas *D-Day through German eyes*, (2016) y *Death on the Don: the destruction of Germany's Allies on the Eastern front, 1941-1944* (2013) que le valió una nominación al premio Pushkin de historia rusa en 2014. Es un reconocido especialista en la presencia de voluntarios extranjeros entre las fuerzas armadas de Tercer Reich. Como militar alcanzó el grado de capitán del ejército británico en el regimiento Royal Anglia y cuenta con experiencia en combate en Bosnia, en Irlanda del Norte y en Emiratos.

No resulta fácil ser original al escribir acerca de Stalingrado, una batalla que ha sido analizada desde todos los puntos de vista, pero Trigg se acerca a ella de manera algo diferente. Desde el principio de la narración, el autor busca apoyar sus ideas con buena parte de lo que Hitler y sus generales dijeron o escribieron en ese momento, pero sobre todo con las palabras de los que vivieron y murieron en la batalla.



Es el landser, el infante alemán, el que en muchos casos toma la palabra, se convierte en protagonista de la narración a través de cartas y diarios. Pero no solo el soldado alemán, también vemos aparecer a húngaros, italianos y rumanos, todos ellos, parte importante de la batalla, así como a algunos oficiales que terminaron peleando en las mismas condiciones que los soldados a su mando.

El conocimiento de la guerra, en primera persona debido a la formación militar del autor, parece ser el responsable de que comprenda tan bien las situaciones y los estados de ánimo que traslucen esas cartas o diarios que los soldados escriben. La descripción del horror es aún mayor si consideramos que las cartas iban dirigidas a las familias o a las novias y que tenderían, por tanto, a tranquilizar o al menos a no alertar en demasía.

Alemania había conseguido derrotar con rapidez a los ejércitos a los que se había enfrentado hasta entonces. La “Blitzkrieg” había terminado con la capitulación o con el exilio forzoso de los gobiernos de los países que habían sido invadidos. El primer escollo llegó con Gran Bretaña y su imperio. Hitler pensó que la solución era presentarse ante el mundo como el dueño de un gran imperio europeo autoabastecido de todas las materias primas necesarias y contra el que no cabría otra solución que negociar la paz, la añorada Endsieg (La Victoria Final).

Solo la Unión Soviética obstaculizaba la solución. La situación en Europa era por lo demás tranquila si exceptuamos las incursiones de la RAF, que eran más molestia que problema, y la insurrección comunista en los Balcanes de la que se ocupaban, con apoyo alemán, las milicias fascistas locales y el aliado italiano.

Así nace la Operación Barbarroja, la ofensiva contra la Unión Soviética, la mayor invasión de la historia y que tras los éxitos iniciales acabó empantanada en el barro y la nieve de las interminables estepas rusas sin conseguir el objetivo previsto: la destrucción del Ejército Rojo y la consiguiente desaparición del estado comunista.

El fracaso de la Operación Barbarroja llevó a Hitler a perder la fe en sus oficiales y a la purga de una cuarentena de los generales que la habían dirigido. Durante el invierno de 1941-1942: von Rundstedt, Guderian, von Bock, von Leeb, Hoepner o von Brauchitsch pasaron a la reserva o a puestos de menor rango. Y Hitler ocupó el puesto de comandante en jefe del ejército.

Pero la respuesta fue más de lo mismo, la Operación Azul, la gran ofensiva en el sur de la Unión Soviética en la primavera de 1942. El elegido para llevarla a cabo fue el mariscal von Reichenau, hasta entonces jefe del Sexto Ejército y que fue quien aconsejó a Hitler nombrar a Paulus, que había sido su jefe de Estado mayor, como su sucesor. La repentina muerte de Reichenau obligó a Hitler a recurrir de nuevo a von Bock, que había sido purgado poco antes.

La ofensiva contaba con un complicadísimo plan dividido en cuatro fases y estaba diseñada para hacerse con los grandes yacimientos petrolíferos del Cáucaso, pero debido a una serie de urgencias bien descritas y analizadas por Trigg, termina con el Sexto Ejército a las puertas de Stalingrado.

Trata Trigg de desmontar, con éxito, algunos de los mitos de la batalla como que el Sexto Ejército se vio atrapado en el *Kessel* de Stalingrado debido al poco valor mostrado por los aliados rumanos, húngaros e italianos, o que la incompetencia de la Luftwaffe a la hora de aprovisionar al ejército sitiado fue la causa final de la rendición.

Sí da valor al hecho de que el general Paulus, buen oficial de Estado Mayor, tenía muy poca experiencia en el mando de tropas, y que sus decisiones frente a la contraofensiva soviética “Operación Urano” fueron las que llevaron a la destrucción de su ejército, contraponiéndolo a la dirección que su homólogo en el grupo de ejércitos centro, Walter Model, hizo frente a la contraofensiva soviética en la zona de Moscú “Operación Marte” a la que hizo fracasar.

El último capítulo del libro “El coste de Stalingrado” hace un balance de los tremendos costes que la batalla supuso para los contendientes, así como de las reacciones que la batalla desencadenó tanto en la Unión Soviética y sus aliados de entonces como en los países del Eje.

El libro termina con cuatro apéndices. El primero una serie de mapas de época del ejército alemán. El segundo, dedicado a dar una sucinta semblanza biográfica de algunos de los soldados cuyas cartas o diarios son utilizados en la narración. El tercero presenta el orden de batalla del Sexto Ejército. El cuarto y último nos ofrece un listado de los rangos del ejército alemán y su equivalencia con los del ejército británico y con los del ejército español. Cuenta también con una serie de fotografías, la mayoría de la colección del autor.

Jonathan Trigg consigue con esta obra darnos una visión de la batalla muy vívida a la vez que rigurosa y técnica. También nos explica como comerciantes, panaderos, estudiantes, agricultores, ganaderos, curas, son arrastrados hasta un horror sin paliativos, a matar y morir en las ruinas de una ciudad completamente arrasada. No busque el lector el punto de vista soviético, como bien indica el título el autor se ciñe a la visión que los alemanes tuvieron del infierno que les tocó vivir.

Como dice el autor en la introducción, “El mismo nombre de Stalingrado evoca imágenes de humo, fuego y escombros, con vigas retorcidas sobre montones de ladrillos destrozados; no hay nada glorioso ni romántico en ella. Esta es la destrucción total y absoluta de todo un ejército de hombres y sus máquinas. Esta es la batalla tal como la vieron los alemanes, que la libraron y sus aliados. Esto es Stalingrado” (p. 17).